



## II

### De madrugada.

Lagardère lanzó una postrera mirada á su caballo muerto. Las nieblas matinales disipábanse, y la luz se hacía poco á poco. El caballero ignoraba las leguas recorridas; pero á la sazón podía seguir paso á paso las huellas de la carroza, y, si hubiera querido, contar los clavos que sujetaban cada herradura de los caballos. Calculó que antes del mediodía habría alcanzado á Gonzaga. Pero necesitaba caballos.

—¡Escucha!— dijo Cocardasse al oído de Passepoil.— Que no pueda decir nadie que nos prevalemos de nuestros pencos cuando el *muchacho* va á verse obligado á ir á pie. ¿Qué te parece, amigo?

El «amigo» agitó los brazos, llevó la mano á cierta parte de su individuo que, sin duda, guar-

daba algún resentimiento con la silla, y repuso generosamente con cierta melancolía:

—Por mi parte, estoy dispuesto á cederle el mío. ¡Mira: no me hables en tu vida de caballos! Para hacer padecer al hombre, basta y sobra con las mujeres. ¡Francamente, no nací caballero!

El gascón miró de alto á bajo al normando, retorcióse el bigote y espoleó á su caballo; tenía su semblante tal expresión de lástima y sarcasmo, que Passepoil sintió un escalofrío recorrerle el espinazo, y desvió la vista de su colega.

—Baja de tus zancos, pues—le ordenó.—Por honra tuya y la de tus compañeros, vale más que vayas á pata si tenemos que atravesar alguna ciudad.

De repente la niebla bajó al ras del suelo y desapareció. Por todas partes se perdía la vista en una inmensa llanura. En lontananza divisaban torres, murallas, y por encima de éstas una catedral, cuyos altos campanarios, terminados por finas agujas, parecían elevarse en el cielo. Era Chartres.

Aunque Orleans es el camino más directo por la carretera de España, como no se podía ir á esa ciudad desde París en una jornada, mucha gente iba entonces por Chartres, y dando aquel aparente rodeo llegaban mejor y antes. Este he-

cho había sido causa del primer retraso de Lagardère, que por temor de que Gonzaga le comprometiese á seguir una pista falsa perdió tiempo en averiguar por qué puerta parisiense había salido. Y hasta apuntar el día no se había tranquilizado por completo, pues el camino de Chartres era frecuentadísimo en aquella época. Disipáronse sus dudas al disiparse la niebla y divisar á una legua larga ante él el grupo de la gente de Gonzaga.

Hacía un instante que Enrique caminaba á pie. sin percatarse del frío matinal que helaba su pecho medio desnudo; su esforzada voluntad le impulsaba hacia adelante. Había descubierto al enemigo, y, como buen sabueso, erguía la cabeza. En cuanto, pasados algunos minutos, pudo entrever á la que constituía su vida, su esperanza, su fe, se sintió más fuerte.

En la carroza, escoltada por los secuaces de Gonzaga, doña Cruz murmuraba en aquel mismo instante el oído de Aurora:

—Mira el Sol naciente. Lagardère le contempla aparecer como tú, y se promete que no saldrá muchas veces sin que nos haya salvado.

—¡Ay!—respondió mademoiselle de Nevers.—¡Si Enrique hubiera tenido algún poder, nadie hubiera osado robar á la que una hora más tarde iba á ser su mujer!

Y siguió llorando desconsoladamente con la cabeza inclinada sobre el pecho. Hay momentos de desesperación en que el alma mejor templada pierde su confianza en lo porvenir. Había pedido al Cielo como suprema gracia casarse con su prometido antes de que el valiente y noble caballero subiera al cadalso, y esperó lograr aquel consuelo, confiando en que si la sangre de su amado era vertida, algunas gotas salpicarían su blanco vestido de desposada, convirtiéndolo así en sagrada reliquia que pronto había de ser su sudario. ¡Y no sabía si vivía, si había logrado probar su inocencia, ó si estaba muerto, sin que hubiera podido llorar sobre su cadáver! Sólo sabía que se la llevaban lejos, lejos...

La precipitada carrera nocturna fatigó á los familiares de Gonzaga. El barón de Batz fumaba como un corsario; Montaubert, Nocé, Lavallade y Taranne pensaban en cosas nada alegres; el gordo Oriol roncaba con un codo apoyado en sus pistolas, soñando que la Nivelles le pedía por un beso en la mano tantas acciones de Lau como gotas de agua tiene el Mississipi.

Aquellos caballeretes, habituados á salir de madrugada ahitos, medio borrachos y armando loca algazara de las orgías del Regente, hallábanse á la sazón ayunos, extenuados y taciturnos. Su silencio parecía lúgubre.

Peyrolles había perdido la cabeza de su caballo, que mordía la cola del de Gonzaga. El mayordomo tenía un hocico de una vara de largo: se le hubiera tomado por un espectro escapado con capa de luto. Tampoco eran alegres sus ideas, aunque tenía la mayor parte de su fortuna colocada en el extranjero y á salvo, por consiguiente, y llevaba bajo su jubón un gran legajo de valores. Pensaba que hubiera podido llevarse el doble, y que los que llevaba estaban á merced de una estocada del terrible Lagardère.

Sólo Felipe de Mantua sonreía; pero era la suya una sonrisa amarga, mezclada de sarcasmo y forzada. Si hubiese reído fuerte, su risa hubiera sonado á falsa. Creyó que no podría caminar dos leguas sin que Lagardère le alcanzase y se jugase la partida, perdiéndose ó ganándose para siempre.

La partida perdida significaba la muerte de Gonzaga. ¡Y vivía! Así, pues, continuaba siendo el amo, y Lagardère había sufrido menoscabo en su reputación.

Por eso Gonzaga sonreía, mientras que todos aquellos á quienes arrastraba consigo en su venganza y en su desgracia lloraban ó lo veían todo negro, maldiciéndole en secreto. Sonreía por considerarse ya á salvo, creyéndose superior á su propio destino, sin pensar que el castigo llega siempre á su hora. Acercóse al coche,

é inclinándose ante la portezuela dijo con zumbona cortesía:

—Posiblemente, madamoiselles, no habréis contemplado desde hace mucho tiempo la salida del Sol. Si os place bajar un instante antes de entrar en la ciudad, podéis pasear y coger algunas flores silvestres: no tenemos prisa.

Aquel hombre, cuyo sol se había eclipsado la víspera, quería también ver la salida del dios que alumbrará siempre las virtudes y las iniquidades humanas.

Aurora se refugió en un rincón de la carroza, rehusando bajar: no quería sufrir las miradas ultrajantes de Gonzaga ni las de los mercenarios de sus odios cayendo sobre su vestido de novia y sus ojos enrojecidos por el llanto.

Doña Cruz pensaba de muy distinto modo.

—Ven—le dijo.—Aunque sólo retrasáramos un cuarto de hora la fuga, eso ganaríamos á favor de nuestros salvadores.

—Si Enrique no ha muerto, está demasiado lejos—respondió la Duquesita desanimada.

—¿Qué sabes tú? Yo soy gitana, y poseo el don de adivinación. Pues bien; yo te aseguro que tu Lagardère está muy cerca.

La joven se estremeció.

—¡Oh! ¡Si fuera cierto! ¡Flor, mi querida Flor! Si me hubiesen robado á mí sola, creo

que ya me habría muerto. Contigo, tengo aún esperanza.

—¡Espera, sí, espera; ten ánimo!

Se besaron, y el rostro de Gonzaga apareció de nuevo en la ventanilla.

—¿No queréis bajar?—preguntó.—Pues había supuesto que os pluguiese mi ofrecimiento.

—Aceptamos—contestó doña Cruz.—Ordenad que pare la carroza para poder bajar.

Las doncellas bajaron, y lanzaron una ojeada al campo aljofarado de rocío. En cada hoja brillaba por lo menos una gota; la llanura semejava un semillero de perlas. Algunos grupos de árboles se esfumaban á lo lejos, en el azul radiante del cielo besado por la aurora. Pero el corazón de las dos mujeres, demasiado oprimido por la angustia, no les permitía saborear los encantos de la Naturaleza.

Se cogieron del brazo, y de sus ojos brotaron perlas más preciosas que todas las que brillaban en el campo; lágrimas de pena y de amor por adorados seres que las hubieran trocado por olas de sangre de sus propias venas, y que no estaban allí para recogerlas.

—¿Queréis reposar un instante?—preguntó el Príncipe.—¿Descabalgamos?

—No—repuso Aurora con altivez y haciendo

un gesto de terror á la sola idea de que todos aquellos malandrines hicieran un círculo en torno de su dolor.—Puesto que estamos tan cerca de las fortificaciones, os seguiremos á pie hasta ellas.

Y prosiguieron las dos del brazo en dirección de la ciudad.

—Es más bonita España. ¡Oh; cuánto quiero yo á mi España! Vamos hacia allá y, sin embargo, me entristece. Por ti, por mí, por los que amamos, desearía que no pudiéramos llegar á la frontera.

—Tú que tanto me exhortas á esperar, también desesperas. Sí; creo, como tú, que si llegamos á España estamos perdidas.

—¡Oh; eso no!—replicó vivamente doña Cruz.

—Tengo amigos allí. Los gitanos del alto Aragón nos ayudarán.

—No ayudan sino á los que tienen oro, y no lo tenemos.

—¡Ya tendremos! Pero no temas nada, hermana: antes de que llegemos á España han de suceder muchas cosas.

Vió en la cuneta del camino una mata de amapolas, saltó ágilmente, arrancó una flor, contempló un momento sus pétalos, y comenzó á deshojarla lenta y candenciosamente, en tanto que pronunciaba entre dientes algunas palabras. No

oyó lo que le decía su compañera, y con sus grandes ojos abiertos, muy abiertos, parecía excrutar lo porvenir.

De pronto, arrojando el tallo de la deshojada flor, cogió el brazo de Aurora, y opriniéndolo susurró á su oído:

—Vuélvete, y mira hacia donde sale el Sol; pero sobre todo te conjuro á que no hagas el menor gesto ni pronuncies una sola palabra.

Aurora obedeció; pero fué tan grande su emoción y su palidez, que Gonzaga hizo dar bruscamente media vuelta á su caballo y miró con inquietud en la misma dirección, viendo lo que contemplaba la hija de Nevers.

Sobre una eminencia del terreno, perfilándose en el disco del Sol naciente su silueta, que le pareció la de un gigante, Enrique de Lagardère los miraba y blandía amenazadoramente su temible tizona.

—¡Al coche, señoras, al coche! Cambiaremos de caballos en Chartres, y partiremos sin detenernos. ¡El tiempo apremia!

Doña Cruz, que tuvo por él un principio de simpatía, pronto reprimido, le miró con impertinencia suprema y contestó desdeñosamente:

—Hace un momento decíais lo contrario, príncipe. De todos modos, aunque vayáis más deprisa ó más despacio, lo que ha de ser será.

Vuestro destino está impreso en el Sol naciente, y acabo de leer en él vuestra muerte. Es el castigo próximo y fatal, ineludible, de todas vuestras vengativas y menguadas acciones.

Gonzaga rechinó los dientes, haciéndose violencia para contener la rabia que le impulsaba á castigar la insolencia de la gitana, y sus secuaces, que oyeron las fatídicas palabras, sintieron un escalofrío.

Las jóvenes volvieron á la carroza, y el coitejo entró en la ciudad poco después.

Enrique Lagardère tenía la vista penetrante, y entre el grupo de sus perseguidos, que la distancia hacía muy vago, pudo percibir una forma blanca que hizo palpitar su corazón. Su primer movimiento fué precipitarse con la cabeza baja, solo contra todos aquellos hombres, contra el mundo entero si era preciso, con tal de recobrar á Aurora, á quién acababa de divisar, y que quizás le había visto también.

Pero reflexionó que era una locura querer atacar abiertamente á un príncipe, él, un desconocido vestido con el sayal de los ajusticiados, á un magnate conocido como amigo del Regente, y en una ciudad lo suficientemente alejada de París para que ignorasen todavía el hecho de su infamia y su desgracia. Además, Gonzaga podía tener amigos en Chartres, acaso levantar sol-

dados contra Lagardère, y más valía diferir el lance que comprometer su resultado. ¿No era ya suficiente saber que su dama estaba allí, cerca de él, y que podía reunirse á ella cuando lo juzgase conveniente?

Acaso no creyéndose perseguido de cerca Felipe de Mantua se retrasara algo, deteniéndose en la ciudad algunas horas. Después de una carrera como aquélla, sus secuaces no eran hombres para olvidar que el hambre y la sed son necesidades apremiantes, y habían de querer satisfacerlas antes de ponerse nuevamente en camino. Lagardère pues, una vez que adquiriese en Chartres buenos caballos, marcharía algunas leguas más lejos á turbar la digestión de Gonzaga, y asegurarse, taladrando el estómago de los *enrodados*, de si se habían desayunado opíparamente. Decidido esto se sentó en la yerba, sepultó la cabeza entre las manos y meditó.

Retrotrajo á su mente lo pasado desde que halló en el foso de Caylus á aquella niña, convertida ya en mujer, en una mujer que le amaba con toda su alma. Le pareció volver á oír su propia voz clamando venganza y jurando sobre el cadáver de Nevers asesinado el exterminio de los culpables.

—¡Todos los asesinos morirán por mi mano!  
¡Primero los criados, luego el señor!

¡Cuanto tiempo había trascurrido!

Durante él hizo lo que pudo. Uno tras otro los asesinos de los fosos de Caylus habían muerto: Pinto, en Turia; Pepe el *Espadachín*, en Glásgow; Staupitz, en Nuremberg; el capitán Lorena, en Nápoles; Joel de Jugal, en Morlés; *Giuseppe* Jaenza y el otro Pinto, por último, en los jardines del palacio de Gonzaga en París. Cocardasse y Passepoil quedaban exentos por haber demostrado su inocencia: sólo faltaban Felipe de Mantua y su factótum Peyrolles, que parecían protegidos por el mismo Diablo. Cuatro mercenarios indiferentes habían caído ya en su lugar.

¡No importaba! ¡Nevers sería vengado!

Y así como rememoró lo pasado quiso son-  
dar lo porvenir, y previó que tendría que verter  
todavía mucha sangre antes de poder decir á  
Aurora:

—¡Se acabaron ya, amada mía, el dolor y las  
lágrimas para siempre: de hoy en adelante sed  
feliz por mí y para mí!

¿Cuándo llegaría aquel día?

Acaso era el que empezaba entonces; quizás  
estaba lejos. Pero la hora llegaría inevitable-  
mente, y sería la de la muerte de un hombre.  
Gonzaga moriría seguramente; pero él, Lagar-  
dère, ¿no sucumbiría á los golpes de sus saté-

lites? ¿Habrían sido inútiles todas sus amar-  
guras, sus padecimientos, sus privaciones? ¿Se  
disiparían todos sus sueños?

—¡No—se contestó con energía;—porque hay  
amor, y el amor, cuando es puro, es más fuerte  
que todo!

Hacía más de una hora que soñaba. Cocar-  
dasse y Passepoil se habían librado bien de  
distraerle de sus pensamientos; y esto por la  
razón naturalísima de que se durmieron uno  
en brazos del otro.

No eran los diestros muy exigentes en la elec-  
ción de lecho, y no siempre tuvieron á su dispo-  
sición cama tan blanda. Así, sonreían entre sue-  
ños satisfechos. En cuanto á los caballos, ni pen-  
saron en huir. Pacían la yerba á poca distancia  
de sus amos.

En otra ocasión Lagardère se hubiera reído al  
verlos: entonces se limitó á despertarlos. El gas-  
cón se desligó de los brazos de su colega con un  
jarre allá! brusco, mientras el normando, tímido  
por naturaleza, limpióse el colete que Cocardas-  
le había baboseado soñando que bebía vino.

—Amigos—dijo el caballero,—tendréis el de-  
recho de descansar cuando Aurora de Nevers  
esté libre.

—¡Mal pecado! ¡Chiquillo, creo que sea esta  
misma tarde!

30121

Lagardère no contestó; pero con un molinete de su espada segó los tallos de varias plantas, como si se tratara de segar la cabeza de Gonzaga.

Passepoil le ofreció su caballo, y montó á la grupa de Cocardasse agarrándose como si se ahogara. Decir que iba bien, fuera mentir: nunca fué tan poco estable como entonces su equilibrio.

—¡Eh! ¡No me aprietes tanto, que no soy ninguna doncella!—le gritó el gascón.—Vas á estropearme el jubón. Con que me avises cuando vayas á caerte, es bastante. Yo te cogeré por una oreja.

Á cien metros de las puertas [Lagardère vió destacarse de ellas una treintena de dragones de Royal Cambis, con sus casacas azules: avanzaban á su encuentro, y parecía que sólo por ellos se habían molestado. Como hacía falta mucho más para hacerle cejar, prosiguió su marcha sin amenguar el paso.

El destacamento no se hallaba allí por casualidad. El joven oficial que los mandaba alzó la espada y les dió el alto. Lagardère obedeció saludándole cortésmente con la espada desnuda.

—¿Quiénes sois?—preguntó el militar.

—Yo, el caballero Enrique de Lagardère; mis compañeros, Cocardasse y Passepoil, maestros de esgrima—contestó con cierta ironía que no tranquilizó mucho al dragón.

Chartres no estaba tan lejos de París para no haber oído y saber que con todos sus hombres se hubiera visto apurado para apoderarse de Lagardère si tratara de prenderle.

—¿Podía saber—preguntó el caballero, observando la perplejidad del alférez—qué me vale el honor de haber tenido que revelaros mi nombre, apellido y jerarquía? Sé que Chartres es una ciudad muy hospitalaria; pero no creo que lo sea al extremo de salir á recibir y rendir honores á todos los viajeros que lleguen á sus puertas, sobre todo si lo hacen á una hora tan temprana como nosotros. En prueba de ello, esta misma madrugada entró en la ciudad una tropa de caballeros escoltando una carroza, y nadie salió á darles la bienvenida. Sin embargo, os aseguro que eran gentes de... calidad.

—Lo ignoro, caballero—repuso azorado el oficial.—Yo me limito á cumplir las órdenes que recibo.

—¡Hola! ¿Habéis recibido órdenes, señor alférez? ¿Y habría indiscreción en preguntaros quién os las ha dado y á qué se refieren?

—Respecto á la primera parte de la pregunta—dijo el dragón sonriendo,—pudiera excusarme de responderos: sin embargo, os diré francamente que las recibí de mi capitán y me guardé bien de preguntarle quién se las había dado á



él. Respecto á la segunda, puedo afirmaros, señor caballero, que no encierran el menor atentado á vuestra libertad.

—Acaso sea mejor así para ambos—repuso el caballero;—pero, de todos modos, habría sido lo mismo. No tengo el menor empeño en saludar á los habitantes de vuestra ciudad, y la hubiese orillado para ver si el señor príncipe de Gonzaga había salido ya por la puerta opuesta.

—Y suponiendo que tuviera la orden de arrestaros, ¿qué sucedería?—preguntó medio cavilosa, medio socarronamente el alférez.

—Hubierais fracasado—dijo fríamente Lagardère,—y tendría un gran sentimiento en llenaros de agujeros ese flamante peto nuevo que lleváis, joven. Y ahora que sabéis quién soy, despachemos. ¿Se limitan á eso vuestras órdenes?

—Tengo que escoltaros hasta casa del preboste de policía, quien desea hablaros de algo que ignoro.

Indudablemente el oficial procedía de buena fe: así lo atestiguaban su semblante y sus palabras; pero Lagardère sospechaba en aquello un lazo. ¿Estaría Gonzaga escondido, emboscado en algún sitio, y se precipitaría sobre ellos por la espalda á su paso, ó los mataría á tiros? Todo lo que podía encontrar en la ciudad era algún

riesgo; pero ¿y si tenía la oportunidad de ver á Aurora?

Indiferente y desdeñoso al peligro, esta última consideración dominó á las demás.

—Id delante, caballero oficial—dijo;—y si vuestro preboste es hombre de buen trato, espero tener con él una conversación interesantísima.

El oficialito se irguió ufano, contando con poder alabarse después con sus compañeros, y hasta con las damas, de haber logrado que el terrible Lagardère le siguiera como un manso cordero.

Pusiéronse en marcha, y se detuvieron ante la puerta cochera de un hotel de bastante buena apariencia, en el cual introdujeron á los tres hombres llevándolos ante Ambrosio Liebault, preboste de policía de Chartres, hombrecillo rechoncho é insignificante que en vano trataba de tomar un aspecto feroz.

Para afirmar su dignidad y realzar su prestigio se había rodeado de celadores que llenaban la sala y formaban un marco grotesco en vez de belicoso, como era su intención. Habitado el pobre hombre á obedecer pasivamente en sus funciones oficiales y en su vida íntima á su cara mitad, había rogado á madama que se colocara de pie detrás de su sillón, le infundiera

ánimos y le apuntara lo que debía decir. Nada da tanto desenfado á ciertos hombres como sentirse sostenidos por la energía de una mujer.

Madame Liebault, Melania de nombre, poseía todas las cualidades viriles que faltaban á su marido. Llevaba los pantalones—figuradamente, pues tal prenda masculina no fué usada por las damas hasta mucho más tarde—en su hogar, y, sin embargo, era joven, hermosa y curiosa, quizás por simple prerrogativa del sexo. Por eso aquella mañana no se hizo rogar para salir de la cama y vestirse y acicalarse muy de madrugada.

La reputación de valor de Lagardère no había llegado sólo á oídos de los militares de la guarnición; muchas señoras casadas con hombres pacíficos, cobardes—y aun no cobardes—y complacientes, habían hablado del guapo caballero largamente, sin decir, por supuesto, todo lo que pensaban.

Su señoría Ambrosio Liebault, un poco intimidado á pesar suyo por aquel aparato que él mismo desplegara, tosió tres veces, se sonó, pasóse la diestra por la barbilla mal afeitada, se rascó la oreja con la siniestra, formó una o con los labios, y dijo, dando vueltas á los pulgares y sin atreverse á mirar al que interrogaba:

—Señor mío, ¿tenéis la merced de decirme vuestro nombre?

—Soy el caballero Enrique de Lagardère, y no concibo que pueda interesaros saberlo.

El buen hombre, sin responder, volvióse hacia el gascón:

—¿Y vos?

—¿Yo? ¡Voto á sanes! Me llamo Cocardasse, y soy bien conocido en París, en Flandes, en Gascuña, en todo el mundo. ¡Hay que venir á esta tierra de tópos para encontrar asnos que no conozcan á Cocardasse! ¡Mal pecado!

Y de un puñetazo se encasquetó su sombrero de fieltro, sin que nadie osara objetarle cosa alguna.

—¿Y el otro?

—El otro se llama Passepoil, maestro de armas—repuso el normando con voz aflautada, y sin separar los ojos de la hermosa mujer del preboste, para la cual añadió:—Adorador de las gracias, y siempre al servicio de la belleza.

—Caballero Enrique de Lagardère, Cocardasse, Passepoil—pronunció sentenciosamente el gordinflón preboste, tocándose con el índice la frente al mentar á cada uno.

—Eso es. Ésos son precisamente los nombres de la lista.

Y asegurándose las gafas en la nariz, desdobló un papel y se puso á leerlo de cerca. De pronto el papel se le escapó de los dedos, arre-

batado al vuelo por la punta de la espada de Lagardère, que lo cogió y lo examinó á su vez con la mayor desenvoltura.

—Sí, señor; eso es—dijo tranquilamente y devolviéndoselo clavado en su acero.—Sólo deseaba ver la letra, y ya la he visto: la conozco.

Su señoría había lanzado un ¡oh! de estupefacción, y todo el mundo se echó á reír, incluso su mujer. Cuando recobró el papel trató de mirar duramente á su interlocutor, y parpadeando horriblemente exclamó:

—Señor Lagardère, ¿estáis bien seguro de haber dado vuestro verdadero nombre y calidad?

—Anoche á las ocho, señor preboste—repuso con frialdad nuestro héroe,—estaba considerado como un aventurero. Media hora después el Regente me estrechaba la mano y reconocí públicamente mi título de caballero, que debo á su augusto tío Luis XIV. Pero ¿qué puede importaros esto?

—¿Y qué sois vos?—preguntó Cocardasse á quemarropa.

El hombrecillo hinchó los carrillos, se acomodó las gafas, se puso en jarras descansando las manos en las caderas, y con tono enfático, orgulloso y grotesco contestó empinándose:

—¡Yo soy su señoría el preboste de policía de la ciudad y Jucado de Chartres!

—¡Un preboste!—exclamó el gascón radiante.—Pues bien, amigo; entre colegas se entiende uno bien: yo también soy preboste, y Passepoil lo mismo: maestros de esgrima examinados, diestros reconocidos: con domicilio en París, y famosos en el mundo entero y en sus alrededores.

—¡Sí!—afirmó lacónicamente el normando poniéndose al lado de Cocardasse.

—¡Voto á mil demonios!—prosiguió éste, sacando su espadón y poniéndose en correctísima guardia.—¡Mostradnos vuestra destreza! ¡Mal pecado! ¡Si sois de los nuestros, meneemos un poco los hierros!

Por desgracia, y para confusión de los maestros de esgrima, Cocardasse vió que M. Liebault, en vez de acceder á su deseo, se levantaba y trataba de ocultarse detrás de su esposa, la cual le obligó á sentarse de nuevo en su sitio. El buen magistrado estaba lívido y temblaba de miedo. Todos reían, con excepción de Cocardasse y el jefe de la policía. Lagardère dijo:

—Señor preboste, no tengo tiempo que perder. ¿Qué queréis?

—¿Que qué quiero?—chilló el hominico, que de lívido se había tornado escarlata.—Voy á decíroslo. Para mí no sois noble, como lo afirmáis sin razón, sino un condenado á muerte á

quien debieron ejecutar anoche en la Bastilla, que ha conseguido escaparse, y á quien tengo orden de arrestar.

Dijo todo esto como lección aprendida de memoria, de carretilla, sin pausa alguna ni atreverse á abrir los ojos, por miedo de ver algún acero amenazar su existencia prebostil.

—¡Bah!—repuso burlonamente el caballero, cuya paciencia se agotaba—¿Quién os ha contado todo eso? ¿Quién os ha dado tal orden?

El magistrado mostró con un gesto el papel.

—Ya lo habéis visto vos mismo, puesto que quisisteis ver la letra. Además, un gentilhomme no viaja con vestimenta de condenado, como vos, y seguido de dos espadachines de tan mala traza.

—¡Cuernos de Satanás!—rugió el gascón—Esó de espadachines de tan mala traza, ¿lo dirá por nosotros, Passepoil?

—Lo parece, noble amigo mío—repuso con flemma el normando.

—¡Caramba! ¡Pues voy á hacer que se retracte!

—Tenéis razón, señor preboste—dijo Lagardère, deteniendo el impulso del exaltado meridional;—y en verdad que no me atrevería á presentarme en la corte de esta guisa.

—Y tenéis en la mano una espada que no es vuestra.

—También es exacto. Esta espada es de su alteza el Regente, mi señor. Pero os ruego que no me la pidáis: la tengo en gran estima, y no podría por nada del mundo complaceros.

La blandió y prosiguió.

—¡Precioso acero! ¡Un juguete con aspecto inofensivo, una espada de corte! Es flexible, ligera y bien templada, sin embargo. Con ella se podrían matar diez hombres. ¿Imagináis, señor preboste, que tendré que servirme de ella en Chartres?

Mme. Liebault, con los ojos muy abiertos y las manos cruzadas, estaba como en éxtasis. Verdaderamente, aquel hombre era el auténtico Lagardère. Estaba convencida, y su marido en aquel momento significaba para ella muy poco.

—¿En Chartres?—contestó el magistrado.—Mientras yo sea preboste de policía, no mataréis á persona alguna.

—Según—replicó el caballero.—Si el que os ha dado la orden de arrestarme, y que se llama Felipe Polixeno de Mantua, príncipe de Gonzaga, está todavía en la ciudad, le mataré; os lo afirmo. ¡Nadie, salvo Dios, será bastante á detener mi brazo! Si no está, iré á matarle más lejos.

—Monseñor de Gonzaga se ha ido, y vos no saldréis de Chartres—exclamó el hombrecillo

con otra voz; con la voz con que César debió de pronunciar su famoso: *alea jacta est*. Luego, dirigiéndose á los guardias, ordenó:—¡Apoderaos de ese hombre, vivo ó muerto, y encerradle en la cárcel!

Las últimas palabras fueron pronunciadas desde detrás del sillón, donde se había acurrucado temblando de pavor.

Cocardasse y Passepoil se habían puesto en guardia tranquilamente á ambos lados de Lagardère. Los guardias no adelantaron más que un solo paso.

Salvo el ambiente, hubiera podido creerse que la escena era una reproducción de la representada en la casita de Gonzaga, cuando el jorobado, después de firmar con su verdadero nombre, enderezóse, hizo desaparecer su falsa joroba y exclamó:

—¡Venid todos y leed!

—¡Atrás!—dijo fríamente el caballero.—¡El primero que se me acerque, es hombre muerto!

—¡Prendedle! ¡Matadle!—aullaba el hombrecillo desde su escondite.—¡Si no le matáis, estoy perdido!

Lagardère volvióse hacia donde salían los gritos.

—¿Es vuestro marido ese hombre, señora?—preguntó inclinándose cortésmente ante Melania.

¿Quién es capaz de sondar el corazón femenino? Cruzáronse las miradas de la dama y el caballero. Ella estaba muy ufana por el hecho de contemplar tan de cerca á Lagardère, por hablarle, por servirle. Y su mirada bajóse desdeñosamente hacia el marido, acurrucado á sus pies, agarrado á sus faldas, aturdido y sin saber qué hacer para desaparecer.

—Si sois realmente Lagardère—dijo simplemente,—perdonadle. No puede nada contra vos.

—Soy Lagardère—y acercándose é inclinándose al oído de la dama, prosiguió:—Señora, una madre me ha confiado la misión de devolverle su hija, cobardemente robada. Los minutos me son preciosos, y si vuestro marido me detiene, favorece sin saberlo al miserable raptor.

—Entonces, apresuraos; partid sin demora alguna—dijo envolviendo al caballero en una límpida mirada,—porque han dado orden de cerrar todas las puertas de la ciudad mientras estabáis en el prebostazgo.

—¡Ah! ¡Desdichado del que intente detenerme!

La dama le tendió la mano; el caballero la besó cortésmente, yaquella ordenó á los guardias:

—Caballeros, el señor preboste os ruega que no os mováis de aquí hasta nueva orden.

El magistrado no protestó.

Lagardère pasó por entre los dragones siguiendo por sus compañeros, y estrechando la mano al alférez le dijo:

—Gracias. Tuvisteis razón al indicarme que el señor preboste era hombre cortés. Desgraciadamente, tiene la manía de ocultarse bajo la silla, y no puedo despedirme. ¡Adiós! Hacedme el favor de ordenar que me devuelvan los caballos.



### III

#### Primeras emboscadas.

Lagardère montó, imitándole Cocardasse, y seguidos á pie por Passepoil dirigieronse á una posada con objeto de adquirir caballos.

Los buenos burgueses, que acababan de levantarse, veíanlos pasar con curiosidad á través de los cristales de los balcones seguidos del populacho, que hacía buen rato circulaba por las calles.

Los dos diestros iban satisfechos por el resultado de la aventura; Lagardère preocupado, tanto por el pensamiento de salir cuanto antes de la ciudad, según se lo aconsejara la mujer del preboste, que parecía muy sensata, como por su escasez de dinero.

Para emprender el viaje á la eternidad no hace falta, y Lagardère no se preocupó de ello;